



Historia de América Latina

EDWIN WILLIAMSON



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

Traducción de
GERARDO NORIEGA RIVERO

EDWIN WILLIAMSON

Historia de América Latina



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1992
Segunda edición en inglés, 2009
Primera edición en español, 2013

Williamson, Edwin

Historia de América Latina / Edwin Williamson, trad. de Gerardo Noriega
Rivero. — México : FCE, 2013
706 p. ; 23 × 17 cm — (Sección de Obras de Historia)
Título original: *The Penguin History of Latin America*
ISBN 978-607-16-1646-3

1. Historia — América Latina I. Noriega Rivero, Gerardo, tr. II. Ser. III. t.

LC F1410

Dewey 972W196h

Distribución mundial

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

Título original: *The Penguin History of Latin America*
D. R. © 1992, 2009, Edwin Williamson

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672; fax (55) 5227-4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-1646-3

Impreso en México • *Printed in Mexico*

A Susan, Louise y Phoebe

SUMARIO

Prefacio 11

PRIMERA PARTE

La era del Imperio 13

- I. *Descubrimiento y conquista* 15
- II. *Indígenas e ibéricos* 47
- III. *España en América* 84
- IV. *Las Indias españolas* 121
- V. *El Brasil colonial* 170

SEGUNDA PARTE

El desafío del mundo moderno 195

- VI. *Reforma, crisis e independencia* 197
- VII. *La búsqueda del orden: conservadores y liberales en el siglo XIX* 233
- VIII. *“Civilización y barbarie”: sucesos literarios y culturales (primera parte)* 283

TERCERA PARTE

El siglo XX 307

- IX. *Nacionalismo y desarrollo: visión de conjunto* 309
- X. *México: revolución y estabilidad* 372
- XI. *Brasil: orden y progreso* 403
- XII. *Cuba: dependencia, nacionalismo y revolución* 428
- XIII. *Argentina: el largo declive* 451
- XIV. *Chile: democracia, revolución y dictadura* 476
- XV. *Identidad y modernidad: sucesos literarios y culturales (segunda parte)* 501

CUARTA PARTE

Hacia una nueva era 555

- XVI. *Globalización y reforma: visión de conjunto* 557

<i>Apéndice estadístico</i>	605
<i>Bibliografía recomendada</i>	617
<i>Mapas</i>	657
<i>Glosario de términos básicos</i>	671
<i>Índice analítico</i>	679
<i>Índice onomástico</i>	691
<i>Índice general</i>	703

PREFACIO

La historia de América Latina ha fascinado y a la vez desconcertado a los observadores. Se diría que el continente tiene un sabor extranjero, un exotismo derivado quizá de que en otro tiempo se lo haya considerado un “nuevo mundo”, aunque subsisten monumentos y reliquias de sociedades antiguas cuyas culturas seguimos sin entender del todo hasta hoy. Este carácter elusivo —que evoca al mismo tiempo un anterior estado de gracia y cierta corrupción original— ha hecho que la interpretación de la historia latinoamericana se preste a la especulación y a la creación de mitos. Por lo mismo, acometí la tarea con cautela, por no decir aprensión.

La principal finalidad de este libro es ofrecer al lector lego una obra general. En la medida de lo posible trato de presentar un relato desapasionado y, a veces, tentativo de los hechos, señalando las lagunas de nuestro conocimiento o los ámbitos de controversia. Por otra parte, no quise despojar de colorido el cuadro, así que el método suele ser narrativo, centrado a veces en personajes y, al abordar obras literarias, concebido para que el lector comprenda rasgos sobresalientes de la cultura.

Como mi interés principal es América Latina y no la América precolombina, comienzo por relatar que el continente llamó la atención de los europeos meridionales y cómo los españoles conquistaron a algunos de sus habitantes. Antes de continuar con la discusión de las sociedades híbridas que surgirían después, incluyo un capítulo en el que presento los antecedentes de los pueblos indígenas más importantes, así como los de los conquistadores ibéricos. En cuanto al periodo que siguió a la independencia, decidí sacrificar un panorama general de las repúblicas en favor de un acercamiento selectivo, creyendo que así ofrecería un mejor enfoque para abordar acontecimientos representativos sin omitir por completo circunstancias locales. El siglo xx presentó el mayor problema de alcance; al final opté por una sinopsis introductoria seguida de capítulos más breves sobre varios países en particular, cuya experiencia ha sido especialmente significativa.

En décadas recientes la literatura latinoamericana ha recibido una atención extraordinaria en todo el mundo. Las circunstancias históricas en que se produjo son menos conocidas. He intentado, pues, situar mi discusión de la literatura y la cultura en un contexto histórico más amplio. En esos capítulos dedico alguna atención a determinados escritores porque creo que su obra puede aportar importantes profundizaciones en las ideas, imágenes y preocupaciones que dieron forma a la “mentalidad” de una época. A la inversa, pensé que sería provechoso subrayar, en la mayor medida posible, los hallazgos de recientes investigaciones históricas sobre cuestiones que

han sido objeto de debate cultural y político en América Latina durante muchos años.

Un libro de esta naturaleza necesariamente se basa en el trabajo de muchas personas. Quisiera expresar mi gratitud a los numerosos estudiosos que han contribuido a nuestro conocimiento y entendimiento del pasado del continente. De manera más específica, quisiera dejar constancia de mi gratitud al Research Committee del Colegio Birkbeck, en la Universidad de Londres, por haberme otorgado la beca que hizo posible un largo periodo de investigación ininterrumpida. Deseo agradecer también a todas las personas que ayudaron en la creación de este libro: Monique y John Fa, por su hospitalidad y asistencia bibliográfica en la ciudad de México; Ian Williamson y Francine Nahai por prestarme su casa en Suffolk, donde escribí partes importantes de esta obra; y, no menos importante, a mi esposa Susan, cuyo aliento, consejo y apoyo fueron invaluable, como siempre.

Edimburgo, mayo de 1991

PRIMERA PARTE

LA ERA DEL IMPERIO

I. DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DESCUBRIMIENTO

La seducción de las Indias

Después de soportar un largo y penoso viaje por regiones desconocidas del océano Atlántico, el marinero genovés Cristóbal Colón avistó tierra la mañana del 12 de octubre de 1492. Al llegar a la costa estaba convencido de que había encontrado una ruta marítima al continente asiático y de que era posible cumplir la finalidad de su expedición: conseguir la autorización de los soberanos de China y Japón para iniciar un comercio privado de oro y especias bajo los auspicios de sus protectores, los Reyes Católicos de España.

Asia era un continente misterioso que fascinaba a los europeos. Se le conocía vagamente como las Indias, nombre que se aplicaba no sólo a la India propiamente dicha, sino a la península de Malaca, las islas Molucas o de las Especias e incluso, en el sentido más amplio, a China y Japón. Pocos europeos se habían aventurado lejos en su fabuloso interior, y las imágenes del continente en Occidente estaban teñidas por la crónica de principios del siglo xiv del explorador veneciano Marco Polo, que refirió su viaje terrestre a través de las estepas centrales hasta los dominios de Kublai Kan, emperador de Catay. La imaginación de Colón también estaba influida por otros relatos más fantasiosos sobre Asia, como las famosas crónicas de *sir* John Mandeville, quien a fines del siglo xiv evocaba tierras pobladas de monstruos y bestias exóticas, donde había minas de oro y donde el reino cristiano del Preste Juan formaba un enclave entre los paganos.

De hecho, existían lazos comerciales entre Europa y Asia desde hacía siglos a través de varias rutas que surcaban el Mediterráneo oriental y que a partir del siglo xi habían quedado en poder de las repúblicas italianas de Génova y Venecia. Una cadena de colonias comerciales en el Levante mediterráneo daba acceso a Egipto y Siria, las puertas de entrada a las riquezas de Arabia, la India y el Extremo Oriente. Desde estas lejanas tierras, caravanas que recorrían el desierto o barcos que hacían cabotaje transportaban especias, sedas y otros artículos de lujo, de los que había una demanda cada vez mayor en la Europa de fines de la Edad Media. Génova y Venecia se enriquecieron con este intercambio y adquirieron una considerable pericia naval y comercial. Los italianos también producían azúcar en plantíos cultivados por esclavos en sus colonias del Mediterráneo, pues la trata de esclavos era parte integral del intercambio comercial entre Europa y Asia.

Los mercaderes italianos habían negociado con Europa septentrional

viajando a través de los Alpes, pero la lentitud de esta vía de comunicación los obligó a buscar mejores rutas comerciales, y cuando en 1277 una flota mercante genovesa cruzó el estrecho de Gibraltar con destino a Inglaterra y Flandes, se inauguró un vínculo marítimo directo entre las economías mediterránea y atlántica. Al cabo de unos cuantos años había comunidades de comerciantes genoveses en Sevilla, Cádiz y Lisboa, y esta presencia italiana en el litoral atlántico de la Península Ibérica condujo con el tiempo al traslado al oeste de las empresas comerciales y la pericia marinera acumuladas tras la prolongada experiencia de comercio con las Indias en el extremo oriental del Mediterráneo.

Los lujos orientales se pagaban con oro y esclavos, y la fuente más abundante de estos productos era África, sobre todo las regiones centrales y occidentales situadas al sur del Sahara, conocidas entonces como el imperio del Sudán. A cambio de los bienes europeos, el Sudán enviaba esclavos, marfil y oro en caravanas por el desierto hasta los puertos de las costas mediterráneas del Magreb, que estaba en poder musulmán, desde donde se reexpedían al sur de Europa. Sin embargo, como los metales preciosos llegaron a ser la base de la economía monetaria europea, la demanda general de oro no podía ser satisfecha por las lentas recuas de camellos que atravesaban el Sahara. En el transcurso del siglo xiv surgió en Europa, sobre todo en el sur, lo que Pierre Chaunu llamó “hambre de oro”.¹ El intercambio con Oriente se volvió deficitario y el sistema comercial que tan rentable había resultado a los italianos entró en una crisis cada vez más profunda. La caída comercial contribuyó a la terrible depresión producida en Europa por los desastres naturales, las convulsiones políticas y los estragos demográficos que la peste negra acarreó entre 1347 y 1350.

Portugal y España resintieron los efectos de la depresión hasta mediados del siglo xv. Como observó Chaunu, “el oro desapareció casi por completo de la Península Ibérica. Hubo una crisis en Portugal entre 1383 y 1434, y una similar en Navarra”.² Además, Portugal padecía escasez de trigo: obtenía malas cosechas un año sí y otro no, poco más o menos, y tenía que importar víveres del norte de África. A principios del siglo xv las necesidades materiales y un resurgimiento del espíritu de las cruzadas impulsaron a los portugueses a buscar un control más directo de las fuentes de oro y trigo. En 1415 atravesaron el estrecho de Gibraltar y tomaron el puerto de Ceuta, pero su conquista de Marruecos fue contenida en Tánger, lo que con el tiempo los llevó a rodear el Magreb y establecer una ruta marítima hasta la costa atlántica del África subsahariana.

Una etapa intermedia decisiva en este desplazamiento por la costa afri-

¹ Pierre Chaunu, *European Expansion in the Later Middle Ages*, Ámsterdam, Nueva York y Londres, North-Holland, 1979, p. 103. [Ed. en español: *La expansión europea (siglos xiii al xv)*, traducción de Ana María Mayench, Barcelona, Labor, 1972. Es traducción de la obra original en francés, *L'expansion européenne du xiii^e au xv^e siècle*, París, PUF, 1969 (T).]

² *Idem*.

cana fue la explotación de los archipiélagos de las Azores, Madeira y Canarias. Su descubrimiento efectivo en las décadas de 1330 y 1340 (había cierta noción de su existencia incluso antes) muestra la magnitud de la exploración marítima que se hacía desde los pequeños puertos pesqueros del sur de Portugal y el suroeste de Andalucía. Sin embargo, estas islas atlánticas no se colonizaron sino hasta un siglo después, cuando la crisis económica sirvió de acicate para sacarles provecho: a fines de los años 1430 los colonizadores ibéricos plantaron caña de azúcar en Madeira y algunas de las Canarias. Estas primeras incursiones en aguas del Atlántico llevarían a la exploración del litoral africano, y una vez traspuesto el cabo Bojador, en 1434, se abrió para los portugueses una ruta marítima para comerciar oro y esclavos directamente con el Sudán. Al cabo de pocas décadas se fundaron varias factorías (establecimientos comerciales) en puntos estratégicos a lo largo de la costa del África noroccidental y las islas situadas frente a ella.

A esto siguió un notable periodo de expansión marítima de los portugueses, que a finales del siglo establecieron una ruta marítima a las Indias circunnavegando África y atravesando el océano Índico hasta alcanzar, primero, el subcontinente indio y, más allá, las islas Molucas. A medida que el creciente poderío del Imperio otomano cortaba las tradicionales rutas comerciales a Oriente por el Levante mediterráneo, Portugal se fue convirtiendo en el principal intermediario del comercio entre Europa, África y Asia, asumiendo en los años 1490 muchas de las actividades económicas de Venecia y Génova: el cultivo de la caña de azúcar, la trata de esclavos y el intercambio de oro y especias por artículos europeos. Aun así, la presencia de navegantes y mercaderes genoveses en los puertos atlánticos de la Península Ibérica durante casi 200 años fue una de las causas fundamentales de que Portugal acometiera la gran “empresa de las Indias”.

Los cuatro viajes de Cristóbal Colón (1492-1504)

Fue en el contexto de la expansión portuguesa hacia las Indias donde Cristóbal Colón, miembro de la comunidad de comerciantes genoveses de Portugal, concibió la idea de encontrar una ruta marítima directa a Asia cruzando el Atlántico hacia el oeste, lo que entonces no era una noción absurda: ya en la Antigüedad se había aceptado que el mundo era redondo, por lo que cabía la posibilidad, al menos en teoría, de llegar a Catay navegando hacia el oeste, con lo que podía evitarse el largo rodeo de África. Sin embargo, se ignoraba la extensión del océano que se interponía entre ambos puntos, y su inmensidad disuadía a los marineros de intentar cruzarlo hacia el oeste para alcanzar las legendarias regiones situadas al otro lado del mundo.

Marinero desde su juventud, Colón había emparentado con una importante familia genovesa establecida desde hacía tiempo en Madeira: el abuelo de su mujer había sido colaborador de Enrique *el Navegante*, promotor de las

expediciones marítimas portuguesas, y su suegro se había distinguido en las empresas de Portugal en África. Colón había participado por lo menos en una expedición a la gran factoría de San Jorge de la Mina, en la Costa de Oro del África occidental, donde conoció de primera mano el funcionamiento del sistema comercial portugués de esclavización y trueque. Comprendió que hallar una ruta marítima a las Indias por el oeste podía reportarle no sólo enormes ganancias comerciales, sino fama y gloria. Además, semejante lazo propiciaría el logro de los fines estratégicos y religiosos de Portugal al poner a los cristianos en contacto con el reino del Preste Juan en Oriente, lo que les allegaría un poderoso aliado y les permitiría rodear al enemigo musulmán; también allanaría el camino para la conversión de muchos millones de almas paganas en preparación para el establecimiento de la monarquía universal que precedería a la segunda venida de Cristo.

La cuestión que seguía sin resolver era la extensión del mar. Colón conocía las teorías de los cosmógrafos antiguos y medievales, y sabía que la distancia que separaba la Europa occidental de Asia era tema de cierta controversia, derivada de la discrepancia entre el cálculo de Ptolomeo y el de Marco Polo de la superficie total de las masas continentales de Europa y Asia. El gran erudito florentino Paolo Toscanelli, contemporáneo de Colón, respaldaba el cálculo más optimista de Marco Polo, e indujo al navegante genovés a creer que la anchura del océano era mucho menor de lo que admitía la opinión general. Además, Colón cometió otros errores propios, lo que redujo aún más su cálculo de la anchura del mar a tan sólo 2400 millas náuticas desde las islas Canarias hasta Japón, situando este último donde en realidad están las Indias Occidentales. Si, como era probable, había islas sin descubrir en el trayecto, entonces una ruta marítima por el oeste era una propuesta práctica; no quedaba sino convencer al rey de Portugal para que diera su patrocinio a esta nueva empresa de las Indias.

Juan II de Portugal, sin embargo, no se mostró favorable al proyecto que Colón le presentó en 1485: su fundamento científico fue cuestionado con razón por los expertos del rey y, en todo caso, el Estado portugués ya había invertido demasiado en la búsqueda de una ruta a las Indias circunnavegando África. La posibilidad de semejante ruta era por entonces muy prometedora: en 1484 el explorador Diogo Cão había descubierto la desembocadura del río Congo y estaba en vías de ampliar los horizontes de la exploración mucho más allá al erigir un pilar a los 21° 47' de latitud sur para dejar constancia de ello, y en 1488 Bartolomeu Dias rodearía por fin el cabo de Buena Esperanza, lo que abriría la puerta para el histórico viaje de Vasco da Gama a la India en 1497-1498.

Así pues, en 1485 el plan de Colón le pareció a la corona portuguesa una distracción descabellada y dispendiosa de la perspectiva más segura de llegar a las Indias rodeando África. Colón acudió a otros príncipes europeos, entre ellos los reyes de Castilla, pero ninguno estaba dispuesto a embarcarse en semejante aventura, todavía. En 1492, sin embargo, Isabel y Fernando,

sobre todo la reina, tras haber conseguido la trascendental capitulación del reino musulmán de Granada, estaban preparados para arriesgarse a respaldar a Colón. El marinero genovés obtuvo permiso para acometer una empresa de descubrimiento. Las Capitulaciones de Santa Fe fueron extraordinariamente generosas al conceder a Colón los títulos hereditarios de almirante del Mar Océano, virrey de las Indias y gobernador de todas las tierras que descubriera en su viaje, así como la décima parte de la riqueza que reportaran tales descubrimientos. Isabel y Fernando también le adelantaron un préstamo y ordenaron a las poblaciones portuarias de los alrededores de Cádiz ayudar a equipar y aprovisionar la expedición. Si Colón tenía éxito, la Corona obtendría la soberanía de nuevos territorios en ultramar y quizá Castilla superaría a Portugal en el establecimiento de un vínculo marítimo directo con Asia y en el consiguiente dominio del lucrativo comercio con los grandes reinos de Oriente.

El 3 de agosto de 1492 Colón zarpó del puerto de Palos, en el suroeste de Andalucía. Capitaneaba tres barcos: una nao gallega, la *Santa María*, de 100 toneladas, y dos carabelas de estilo portugués construidas en la localidad: la *Pinta*, de 60 toneladas, y la *Niña*, de 50. La tripulación total era de 87 hombres, la mayoría marineros correosos, curtidos, de los puertos de la región; los más notables eran miembros de las distinguidas familias de navegantes Pinzón, Niño y Quintero, sin cuya ayuda y experiencia Colón no habría podido realizar su proyecto. En la expedición iba también el gran marinero vizcaíno Juan de la Cosa, maestre y dueño de la *Santa María*, que en los próximos años iba a adquirir fama como explorador y cartógrafo.

Obligada a detenerse más de un mes en las Canarias para reparar las naves, la expedición no comenzó propiamente sino hasta el 9 de septiembre. Tras otro infructuoso mes en el mar, con sus hombres cada vez más inquietos y sin otro sostén que su determinación, Colón empezó a observar signos favorables: bandadas de aves que volaban en el cielo, ramas que flotaban en el agua y luego un extraño centelleo en el horizonte en plena noche. Por fin, a las 2 de la madrugada del 12 de octubre, el vigía de la *Pinta* vislumbró tierra: acantilados blancos iluminados por la luna. Al despuntar el día las naves encontraron una bahía y Colón desembarcó, se arrodilló y dio gracias al Señor por haberles permitido al fin llegar a puerto. Efectivamente habían cruzado un océano, pero no estaban en Japón, sino en una isla de las Bahamas que Colón llamó San Salvador en honor de Jesucristo.

Al ver las tres extrañas embarcaciones, los habitantes de la isla se acercaron a nado para subir a bordo. *El Almirante*, como ya lo llamaban, se fijó en su aspecto: iban casi desnudos, algunos con el cuerpo pintado, y llevaban armas muy primitivas, pero parecían dóciles y muy ansiosos de trocar sus pertenencias por las baratijas que los españoles les ofrecían. Eso no era lo que él buscaba: quería llegar a Japón, y aquel pueblo parecía demasiado incivilizado para ser súbdito de un monarca poderoso. Colón era un hombre de esperanzas obsesivas: se había jugado la vida y el honor con tal de llegar a

Oriente, y buscó obstinadamente pruebas que confirmaran sus ideas preconcebidas. Además, acostumbrado como estaba a las empresas comerciales de italianos y portugueses, no tardó en calcular el potencial económico de su descubrimiento. Encontrando poca cosa en San Salvador —aparte de la posibilidad de utilizar a los nativos para el tráfico de esclavos—, siguió costean-do por otras islas de las Bahamas, admirando sin cesar la belleza del paisaje, hasta enterarse de que hacia el sur había islas mayores con yacimientos de oro. Llegó entonces a la costa norte de “Colba” (luego castellanizada como “Cuba”), que, según esperaba, debía de ser Japón; en realidad había muy poco oro, pero observó que los nativos se relajaban aspirando el humo de un rollo de hojas secas encendido: el tabaco, un hábito que los españoles acabarían por adoptar e introducir en toda Europa.

En el extremo oriental de la isla se enteró por boca de los taínos, el pueblo relativamente más pacífico que había encontrado hasta entonces, de la existencia de los caribes, más aguerridos y practicantes de la antropofagia. Al llegar a otra isla grande que en su opinión se parecía a España, la bautizó La Isla Española (hoy La Española, dividida entre Haití y República Dominicana). Los nativos llevaban adornos de oro en abundancia y eran muy amistosos; las mujeres desnudas se ofrecían libremente a los extranjeros. En la costa del noroeste conoció al importante cacique Guacanagarix, cuyos atributos regios le infundieron un gran alivio, pues los interpretó como prueba de que se iban acercando a la civilización y, por ende, a Japón o China. Cuando los nativos hablaron de un lugar llamado Cibao, Colón pensó que se referían a Cipangu, nombre con el que conocía a Japón.

El día de Navidad, la *Santa María* encalló en un arrecife de coral y hubo que abandonarla. Colón interpretó el desastre como una señal divina de que debía fundar allí la primera colonia española y, con ayuda de los hombres de Guacanagarix, se erigió el poblado de La Navidad con los restos de la embarcación encallada. Colón dejó allí un grupo de 21 voluntarios, y el 4 de enero, seguro ya de que había llegado a las Indias, partió de vuelta a España a bordo de la *Niña*.

Un temporal feroz obligó a la carabela a detenerse primero en las Azores y luego en Lisboa. Juan II recibió al *Almirante* con cortesía y le permitió reanudar su viaje a España. El 20 de abril de 1493, con una comitiva en la que figuraban seis nativos con loros en jaulas, Colón se presentó triunfal ante Isabel y Fernando en la corte de Barcelona como descubridor de nuevas tierras en las Indias, tierras con yacimientos de oro y que España podía dedicar con provecho al comercio.

Los Reyes Católicos ya podían anticipar una victoria sobre Portugal en la carrera por establecer vínculos comerciales directos con las Indias (los portugueses no llegarían a la India sino hasta 1498). Obtuvieron la legitimidad necesaria para su empresa de Alejandro VI, el papa español Borgia, quien expidió una serie de bulas que concedían a Castilla el dominio de todas las tierras que se descubrieran en el hemisferio occidental. Para evitar conflictos

con Portugal, las bulas se propusieron asignar a cada una de las potencias ibéricas rivales un sector de la parte del orbe por descubrir. En 1493 se trazó una línea de demarcación a una longitud de 100 leguas al oeste de las islas Azores y Cabo Verde, pero, a petición de Portugal, y con la anuencia diplomática de España, en 1494 el Tratado de Tordesillas recorrió la línea 270 leguas más al oeste, con lo que inadvertidamente se cedió a Portugal el territorio aún desconocido del Brasil actual.

Antes de que se alcanzara este acuerdo diplomático, el 25 de septiembre de 1493 Colón zarpó de Cádiz a la cabeza de una gran expedición de 17 barcos y unos 1 500 hombres (no había mujeres a bordo) para fundar una colonia permanente en las islas descubiertas. En La Española se encontró con que los nativos habían destruido el poblado de La Navidad y dado muerte a los españoles para vengar los saqueos que éstos habían cometido. Era un hecho ominoso que revelaba la verdadera calidad de los hombres: aventureros dados a las pendencias, con intenciones no muy distintas de las del propio Colón, pero manifestadas de manera mucho más baja. Se habían jugado el todo por el todo para llegar a esas tierras a obtener la riqueza y la posición social que, en general, se les habían negado en su país. Es evidente que no les interesaba establecerse para labrar la tierra o comerciar en paz con los nativos; a fin de cuentas, había grandes reservas de mano de obra indígena que podían explotar para enriquecerse y vivir como señores cuando volvieran a España.

Contrariado por la destrucción de La Navidad, Colón zarpó hacia el este en busca de otro sitio para fundar una factoría al estilo portugués como las de la costa africana. Edificó una colonia a la que llamó La Isabela en honor de la reina, en un lugar bastante mal elegido, y desde allí envió expediciones a Cibao para localizar la fuente del oro de los nativos. Luego emprendió un viaje de exploración que lo llevó de nuevo a Cuba y alrededor de Jamaica, y en septiembre de 1494 volvió a La Isabela, donde una vez más se encontró con problemas de indisciplina entre los españoles: una facción de catalanes se había rebelado contra su hermano Diego, a cuyo mando había dejado la colonia. Enfrentando una tensión creciente entre su vocación de explorador y comerciante (reconocida en su alta dignidad de almirante del Mar Océano) por una parte, y sus funciones como gobernador de la nueva colonia española (virrey de las Indias era el segundo título) por la otra, Colón intentó saciar las ambiciones de los españoles sublevados que esperaban recompensas rápidas de la colonización: autorizó más expediciones brutales al interior para buscar oro e hizo un repartimiento de indios cautivos para dotar de mano de obra a los colonizadores. También se propuso iniciar el comercio de esclavos para mejorar las perspectivas económicas de la factoría, y envió a España un barco cargado con unos 500 indios (dos centenares murieron de frío durante la travesía y casi todos los demás perecieron poco después de llegar al mercado peninsular). Las tribus indígenas de La Española se rebelaron y marcharon sobre La Isabela, pero los españoles sofocaron fácilmente la revuelta con armas de fuego y perros feroces.

En marzo de 1496 Colón volvió a España para defenderse de calumnias esparcidas por colonos descontentos llegados de La Española. Su empresa de las Indias se había desacreditado en la corte: había pocas pruebas de la existencia de yacimientos abundantes de oro, no se había tenido ningún contacto con los monarcas de China o Japón, y en La Española bullía el descontento; además, la ferviente reina Isabel estaba inconforme con el trato que se daba a los indios, cuya esclavización había prohibido expresamente. Con todo, Colón quedó aliviado al comprobar que los Reyes Católicos, a pesar de sus reservas, seguían confiando en él, quizá porque les preocupaban las intenciones de los portugueses, de quienes se sabía que preparaban una flota de exploración mandada por Vasco da Gama con la esperanza de llegar por fin a la India.

Le llevó a Colón unos 18 meses organizar una nueva expedición, financiada esta vez por el tesoro real bajo la supervisión del arcediano de Sevilla, Juan Rodríguez de Fonseca, ambicioso funcionario eclesiástico que en el curso de dos décadas habría de adquirir una enorme influencia en la dirección de la empresa de las Indias. Colón se hizo a la mar en mayo de 1498 y llegó a la isla de Trinidad en julio; exploró luego la costa de la actual Venezuela, infiriendo, por la fuerza de las corrientes de agua dulce en el golfo de Paria y el delta del Orinoco, que debía de formar parte de Tierra Firme, es decir, de un gran continente. Aun así, obsesionado por la búsqueda del Oriente, no comprendió las implicaciones de haber descubierto esa gran masa de tierra, aunque se refirió metafóricamente a ella como un “nuevo mundo”. Sería otro explorador italiano, Américo Vesputio, al viajar en un barco español a través de rutas marítimas inauguradas por Colón, quien formularía la sugestiva idea de que se había descubierto un continente distinto de Asia; él fue el primero en llamarlo *mundus novus*, un “nuevo mundo”. Colón, en cambio, nunca perdió la mentalidad medieval: siguió siendo hasta el fin un visionario apocalíptico fascinado por las maravillas que se le revelaban, especulando, por ejemplo, que el delta del Orinoco podía ser el río de cuatro brazos que, según las Escrituras, regaba el paraíso terrenal.

A su llegada a La Española, sin embargo, *el Almirante* encontró a los españoles en estado de guerra civil. La ciudad de Santo Domingo, fundada en su ausencia por su hermano Bartolomé, era tan ingobernable como el poblado de La Isabela. Aunque Colón intentó conciliar las facciones en pugna, a sus hermanos y a él se les veía con resentimiento como extranjeros, y su incapacidad para controlar la situación mermó aún más su autoridad. Por fin, en agosto de 1500 el administrador real Francisco de Bobadilla llegó enviado por la Corona para investigar el asunto. Los hermanos Colón fueron aprehendidos, y Cristóbal enviado a España sujeto con grilletes.

Este trato arbitrario fue, desde luego, una terrible afrenta para *el Almirante*, pero las circunstancias exigían una revisión de su empresa de las Indias. Si los problemas políticos de La Española habían llegado al punto de no tener remedio, era porque no se podía convertir la isla en una factoría como la concebía Colón. No era posible obtener el oro por trueque como en las factorías

portuguesas de la costa africana; había que extraerlo en minas, lo que suponía una operación mucho más complicada: una colonización permanente y la organización de una fuente de mano de obra, tareas que exigían la intervención del Estado para instituir un aparato de gobierno eficaz. Fue así como el monopolio personal de Colón sobre la empresa según lo estipulaban las Capitulaciones de Santa Fe quedó cancelado. En febrero de 1502 los Reyes Católicos enviaron a un administrador experimentado, Nicolás de Ovando, como primer gobernador real de lo que llegaría a llamarse las Indias españolas.

No obstante, Colón seguía empeñado en encontrar un paso a Asia por el oeste, y recibió autorización para hacer un cuarto viaje de exploración por el Atlántico: partió en mayo de 1502 en una expedición que duraría hasta noviembre de 1504. Esta travesía amplió enormemente el conocimiento de España sobre las tierras recién descubiertas en el hemisferio occidental, pues, en su intento de encontrar una ruta al Asia continental, Colón exploró la costa centroamericana por las actuales Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. A su regreso a España solicitó a la Corona que se restaurasen algunos de sus privilegios, y consiguió por lo menos afianzar la futura designación de su hijo Diego como gobernador de La Española y el debido reconocimiento de los títulos hereditarios de virrey y almirante. Cristóbal Colón murió el 20 de mayo de 1506, convencido hasta el final de que había encontrado la ruta marítima al Oriente por el oeste, y de que las tierras que había descubierto eran islas y penínsulas de Asia.

Las dificultades que aquejaron a Colón en el gobierno de las primeras colonias españolas en el Caribe anunciaban los muy complejos problemas de gobierno con que el Estado español se enfrentaría en América. Los desórdenes políticos de La Española se debieron a la pugna entre dos pueblos hasta entonces desconocidos entre sí y de aspiraciones culturales incompatibles. Los españoles, como todos los europeos de su tiempo, se movían en una economía monetaria donde el oro era muy escaso y por lo mismo tenía enorme demanda; además, su sociedad concedía una elevada posición a la propiedad de mano de obra sometida, ya fuera esclavizada o nominalmente libre. Los pueblos de las islas, en cambio, vivían en una economía de trueque y autoabastecimiento donde el oro tenía un valor meramente decorativo y no se habían instituido mecanismos de servidumbre. Por consiguiente, los españoles exigían bienes y servicios que las sociedades indígenas no estaban en posibilidad de proveer.

Ninguna de las partes entendía este conflicto de expectativas: los colonizadores españoles interpretaban la resistencia a trabajar de los naturales como holgazanería, mientras que los indios no se explicaban el apetito de oro de los españoles ni su exigencia de mano de obra para el trabajo. Este conflicto amenazaba a cada parte con la destrucción: sin el suministro de mano de obra indígena para obtener un artículo comerciable como el oro, la

colonia española no podía subsistir, pero su demanda de oro y mano de obra impondría a su vez presiones intolerables a las sociedades originarias. La atención de este conflicto de expectativas, con todos los problemas éticos y económicos que planteaba, representaría la mayor tarea política de la Corona española durante todo el siglo xvi.

El conflicto era, desde luego, intrínsecamente desigual. Para empezar, los españoles, aunque muy pocos en número, tenían recursos técnicos muy superiores, así como fuertes motivaciones para conseguir un conjunto de objetivos claros; pero eso no era todo: había un factor biológico oculto que hizo estragos en la población indígena y agravó el choque de culturas. El encuentro de dos razas aisladas hasta entonces una de otra produjo un intercambio de virus que infligió gran mortandad a ambas partes.

Los españoles sucumbieron a las enfermedades tropicales: de los 1500 hombres que partieron con Colón en 1493 para colonizar La Española, apenas unos 360 seguían con vida en 1502, cuando Nicolás de Ovando llegó con 2500 colonizadores más; un año después casi la mitad de estos últimos habían muerto de dos misteriosos padecimientos a los que se dio en llamar *modorra* y *baquía*. A quienes sobrevivían y se aclimataban les decían *baquianos*, término que con el tiempo pasaría a designar a los trabajadores tenaces que servían de guías y que pelearon contra los naturales en las fronteras de los establecimientos españoles durante todo el periodo colonial.

En cuanto a las poblaciones indígenas de las islas del Caribe, fueron casi exterminadas por la viruela, el sarampión y otras enfermedades del Viejo Mundo contra las cuales no tenían inmunidad por el aislamiento total en que habían vivido durante milenios respecto a las demás razas. Aunque la mortandad a causa de las epidemias fue sin duda desoladora, las dimensiones de la despoblación aún se discuten debido a la falta de estadísticas confiables (según algunas autoridades, es posible que la población de La Española haya sido de hasta ocho millones, mientras que otras la calculan aproximadamente en 50 000).

La enfermedad, sumada a las presiones económicas, produjo una espiral de destrucción que acarreó enormes costos en vidas de indígenas. La mayoría de los colonizadores españoles eran campesinos bastos e incultos de Extremadura y Andalucía occidental, propensos a sublevarse y desacatar la autoridad, pues habían llegado a las islas del Caribe para hacer fortuna y luego volver a su tierra de origen. Su indiferencia hacia el bienestar de los indígenas era escandalosa y suscitó las protestas de otros españoles, sobre todo del clero. Su desaforada demanda de mano de obra nativa dio lugar a una explotación cruel, así como a un floreciente, aunque ilícito, tráfico de esclavos. Debilitados por las extenuantes jornadas, el trato brutal y el desorden agrícola, los indígenas quedaban aún más indefensos contra las enfermedades, y muchos perdieron la voluntad de vivir y el impulso sexual.

La necesidad de mantener el abasto de mano de obra indígena fue un importante aliciente para que los colonizadores intensificaran la exploración

y la conquista. Ante la brusca disminución de la población trabajadora, los tratantes de esclavos, en su búsqueda de más indígenas, incursionaron en las islas próximas: Puerto Rico fue conquistado en 1508, Jamaica en 1509 y Cuba en 1511. Desde estas islas los conquistadores alcanzaron partes de Tierra Firme, donde establecieron factorías para adquirir por trueque esclavos, oro y otras mercancías. La Tierra Firme (la costa norte de las actuales Colombia y Venezuela), descubierta por Colón en su tercer viaje, había atraído en 1509 españoles que ambicionaban explotar su riqueza. Ese año los tratantes de esclavos acometieron la conquista del istmo de Panamá y fundaron la población de Santa María la Antigua del Darién; el explorador Juan Ponce de León descubrió la Florida en 1513, pero la península no se colonizó sino hasta mucho después.

El abasto de trabajadores representó, pues, un problema fundamental para los sucesivos gobernadores de La Española y las islas vecinas. Colón no pudo resolverlo porque la reina Isabel le había prohibido esclavizar a los indígenas. Para dar estabilidad a la inquieta colonia, el gobernador que lo sucedió, Nicolás de Ovando, adaptó la encomienda, una forma de servidumbre tradicional en España, a las circunstancias de La Española: se repartían trabajadores indígenas a colonos españoles que se comprometían a cuidarlos, pagarles salarios justos e instruirlos en la fe cristiana a cambio de sus servicios. A la reina Isabel le disgustaba la encomienda porque implicaba coerción y estaba lejos del trabajo libre que la corona española siempre había propugnado; además, al igual que sus sucesores en el trono, temía crear en las Indias una nueva clase de señores feudales que desafiaran la autoridad real. Con todo, la encomienda era preferible a la esclavitud y para entonces ya se había evidenciado que los indígenas no estaban dispuestos a trabajar por un salario. Aunque la encomienda sancionaba los trabajos forzados, también representaba el intento de regularlos y humanizarlos al adoptar cierto grado de responsabilidad feudal del encomendero para con los trabajadores indígenas. El sistema tendría enormes repercusiones en las relaciones laborales en toda la América española.

En La Española, sin embargo, la encomienda fracasó pronto debido a la rápida despoblación indígena, y por lo mismo no pudo eliminar abusos como el trabajo excesivo y las incursiones para la captura de esclavos. Cuando en 1509 Ovando fue sucedido como gobernador por Diego Colón, hijo de Cristóbal, el Estado español redobló los esfuerzos para imponer la ley y el orden en sus colonias del Caribe. En 1511 se fundó en Santo Domingo la primera audiencia (real tribunal de justicia) en América. Un año antes habían llegado a la isla cuatro misioneros dominicos para ayudar a organizar la evangelización de los naturales, y quedaron horrorizados ante el trato que los encomenderos daban a los trabajadores. En 1511 el fraile dominico Antonio de Montesinos pronunció un famoso sermón en el que exhortaba a los encomenderos a tratar a los indios con humanidad, so pena de condenarse. Fue el primer esfuerzo importante de los misioneros españoles para defen-

der los derechos de los naturales contra los intereses de los colonos. Un encomendero atendió de manera drástica este llamamiento a la conciencia cristiana: Bartolomé de Las Casas, quien renunció a su encomienda, se volvió fraile dominico y como tal promovió la defensa de los derechos indígenas durante cinco décadas de su muy larga vida.

Las protestas de los dominicos convencieron a Fernando de Aragón (la reina Isabel había muerto en 1504) de promulgar en 1512 las Leyes de Burgos, que estipulaban salarios justos y disponían la supervisión de las encomiendas por los funcionarios reales. Sin embargo, estas leyes resultaron inaplicables en las Antillas, y en general se hizo caso omiso de ellas. En el mismo año se dedicaron algunos esfuerzos a controlar las escandalosas correrías para capturar esclavos: la Corona reiteró su opinión de que no se podía esclavizar de manera legítima sino a aquellos indios hechos prisioneros en “guerra justa”. Un jurista español redactó una guía para que los conquistadores determinaran en qué circunstancias podían declarar una guerra justa: el Requerimiento, un documento que establecía el derecho del monarca español a la soberanía en las Indias y señalaba los fundamentos de la fe cristiana. Los conquistadores debían leer en voz alta esta proclama siempre que se encontraran con pueblos indígenas, y sólo el rechazo expreso de sus términos legitimaba una guerra justa y la consiguiente captura de esclavos. Desde luego, quienes se dedicaban a hacer redadas de esclavos abusaron ampliamente del Requerimiento.

A la muerte de Fernando, en 1516, el regente, cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, que había sido confesor y consejero de Isabel, hizo un nuevo intento de impartir justicia en las islas del Caribe. Se confió el gobierno de La Española a tres frailes jerónimos, pero ellos tampoco pudieron erradicar los abusos de la encomienda, y ante la rápida disminución de la población indígena permitieron la importación de esclavos negros de África para satisfacer la demanda de mano de obra de la colonia.

Estos intentos repetidos de conciliar las necesidades económicas con los principios cristianos continuarían durante todo el siglo XVI. De hecho, el proceso de colonización española se acompañaría de un profundo examen de conciencia oficial; tanto es así que en la década de 1550 la Corona decidió dirimir los complejos problemas jurídicos y éticos planteados por la presencia de España en América en un gran debate celebrado en Valladolid. A esas alturas, nuevas conquistas en Tierra Firme habían agravado las dificultades morales que aquejaban a la Corona y a la Iglesia, conquistas que empequeñecían los problemas de La Española y demás colonias insulares. Al mismo tiempo, los objetivos de España en ultramar se habían vuelto mucho más claros: América representaba la tarea primordial del imperio. Y es que en 1519 Fernando de Magallanes había encontrado un paso del Atlántico al Pacífico por el estrecho que hoy lleva su nombre en el extremo sur de América, realizando así la primera circunnavegación de la Tierra. Los españoles comprendieron que no había ruta fácil a Asia, y que se precisaba supeditar la

ambición inicial de Colón a la empresa de explorar y conquistar el inmenso continente que —al fin se percataban de ello— se extendía entre la Península Ibérica y Japón.

LA CONQUISTA DE TIERRA FIRME

Durante más de 20 años desde el primer viaje de Colón a través del Atlántico los españoles hicieron pocos descubrimientos de importancia aparte de La Española y Cuba. Lo que había más allá de esas islas seguía siendo motivo de conjeturas: los viajes de exploración habían reconocido poco a poco las costas de la América continental en el Caribe, pero aún faltaba determinar la extensión de esta Tierra Firme, como ya se le llamaba. Ante la disminución de las poblaciones de naturales en las islas, los españoles optaron por las incursiones en el continente para capturar esclavos, y de esta actividad pasaron a expediciones más ambiciosas de conquista y colonización que compensaran los menguantes atractivos de las Antillas.

En 1513 una expedición comandada por Pedrarias* Dávila partió de España con autorización real para conquistar la región del istmo en América Central. A su llegada, Dávila se encontró con otro español, Vasco Núñez de Balboa, que encabezaba a los sobrevivientes de una expedición fallida a Tierra Firme en 1509 y había fundado la población de Santa María la Antigua del Darién en esa inhóspita región tropical. A su encuentro con Dávila, Balboa ya había cruzado el istmo e izado el estandarte real sobre aguas del Pacífico, reclamándolas para los Reyes Católicos de España. Además, había oído rumores de la existencia de un reino de oro llamado Birú, que parecía estar a la altura de todas las ambiciones de un conquistador de las Indias. Dávila no tardó en pelear con Balboa y lo mandó decapitar; continuó luego el reconocimiento del istmo en busca de oro y esclavos, pero no consiguió ningún botín que superase gran cosa lo hallado en las islas. En 1519 fundó la ciudad de Panamá y desde allí siguió explorando tierras más lejanas para encontrar el fabuloso reino de Birú.

Era una época de gran inquietud en la que muchos otros españoles acariciaban sueños de conquista y pillaje. Entre 1517 y 1518 Diego Velázquez, el conquistador de Cuba, había enviado dos expediciones a reconocer las costas de Tierra Firme en torno a la actual península de Yucatán y el golfo de México. Como los expedicionarios le llevaron pruebas de la existencia de una civilización opulenta en el interior, Velázquez inició los preparativos de una tercera expedición destinada a establecer una base para emprender desde allí más exploraciones y una posible conquista. Conforme al procedimiento normal, Velázquez escribió a España solicitando la necesaria autorización de la Corona, pero antes de que ésta llegara a Cuba, el comandante nombrado para encabezar la expedición zarpó sin permiso del puerto de Santiago. Este

* Contracción de Pedro Arias usada en la época, que a veces se conserva [T.].

advenedizo era Hernán Cortés, un hidalgo de 33 años, extremeño de Medellín, que se había distinguido como soldado y administrador en La Española y Cuba desde su llegada al Caribe a la edad de 19 años. La expedición que dirigía era modesta: a bordo de las naves llevaba unos 600 hombres, 16 caballos, 14 cañones y 13 mosquetes; sin embargo, con estos recursos se proponía hacer frente a lo que encontrara más allá de las abruptas sierras de Tierra Firme, que dificultaban el acceso a las riquezas de las Indias.

Cortés hizo la corta travesía de Cuba a la isla de Cozumel, frente a la costa de Yucatán, donde se encontró con un naufrago español, Jerónimo de Aguilar, que hablaba la lengua maya. Luego de costear la península, en el actual Tabasco, le entregaron a una mujer llamada Malintzin —doña Marina para los españoles— que hablaba tanto náhuatl como maya y le serviría fielmente a partir de entonces como intérprete y amante. Con la ayuda de ambos intérpretes Cortés se encontraba en excelente posición para determinar la naturaleza de la oposición que enfrentaba y concebir una estrategia informada para su campaña de conquista. De hecho, su habilidad estratégica resultaría decisiva para la victoria, pues el emperador Moctezuma envió espías para vigilarlo tan pronto como fue advertido de la llegada de aquellos extranjeros de tez blanca, que habían venido por el mar sobre torres aladas.

El 22 de abril de 1519, Viernes Santo, Cortés fundó la Villa Rica de la Vera Cruz (la actual Veracruz) en un punto de la costa del Golfo situado en los dominios del emperador azteca. Esperaba así imprimir cierta legitimidad a su empresa, en vista de que había partido de Cuba sin permiso real y en desacato a la autoridad de Velázquez. Pocos días después se presentaron los primeros emisarios de Moctezuma para hacerle obsequios ceremoniales y disuadirlo de su empeño. Sin embargo, nada más lejos del propósito de Cortés que volver sobre sus pasos; por el contrario, mandó a España todo el oro que había reunido hasta entonces para atraerse el favor del emperador Carlos V* e impedir que alguna decisión real lo inhabilitara para gozar de los frutos de la conquista que anticipaba. Luego echó a pique sus barcos. Ya no podía dar marcha atrás: adelante estaba la capital azteca, Tenochtitlan, y no había otra opción que marchar sobre ella y tomarla como pudiera.

Mientras los españoles avanzaban hacia la capital del poderío azteca, Cortés se enteró de las divisiones internas del imperio de Moctezuma y del odio que los pueblos vasallos y otros señoríos profesaban a los imperialistas. Decidió aprovechar estos antagonismos y ocultar a los aztecas sus verdaderas intenciones. En Cempoala solicitó y obtuvo el apoyo de los totonacas, y más adelante, al término de una batalla feroz, los españoles convencieron a los tlaxcaltecas, enemigos históricos de los mexicas, de unírseles en su campaña para derrocar a Moctezuma. Cuando llegaron al señorío de los cholultecas, los españoles primero hicieron alarde de amistad hacia estos vasallos

* Carlos V asumiría este título cuando, el 28 de junio de 1519, fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico; como rey de España su nombre era Carlos I [T.].

voluntarios de los aztecas, pero Cortés descubrió lo que parecía una conspiración para matarlo y decidió perpetrar una masacre ejemplar de nobles y sacerdotes, que estaban reunidos en la ciudad para una festividad religiosa. Según fuentes indígenas, esas tácticas equívocas sembraron la confusión y el desánimo entre los aztecas, lo que dio a los invasores una ventaja psicológica.

Moctezuma, por su parte, parece haber optado desde el principio por una estrategia parecida: desconcertar a los españoles combinando una diplomacia ceremonial con amenazas vagas y ataques encubiertos. Sin embargo, aún no está claro cuáles eran sus verdaderos designios al permitir a los españoles acercarse tanto al corazón de sus dominios. Las especulaciones han girado en torno a su aparente debilidad de carácter y a su presunta creencia de que Cortés era el dios Quetzalcóatl, que volvía para reclamar sus dominios, pero estos supuestos deben tomarse con reserva: la dignidad de emperador de Moctezuma no era hereditaria; lo había elegido un pueblo aguerrido, imperialista, por lo que debe de haber sido un hombre de extraordinarias dotes de liderazgo, que estaría muy poco dispuesto a entregar un imperio por creer que un extranjero mal preparado era un dios vengativo. Es mucho más probable que Moctezuma haya malinterpretado a Cortés, entre otras razones porque los fines de la guerra y la política en Mesoamérica eran muy distintos que en la Europa renacentista. Mientras que los europeos peleaban para matar, ocupar y expoliar, los indígenas concebían la batalla como un ritual de dominio y sumisión en el que era preferible tomar prisioneros vivos para hacerlos sacrificar ceremonialmente a sus dioses sanguinarios. Como la invasión española resultó desastrosa para los aztecas, es muy posible que posteriores poetas nahuas y cronistas españoles hayan transformado, con la perspectiva del tiempo, los errores tácticos de Moctezuma en una nostálgica leyenda de presagio y fatalidad.

En todo caso, no cabe duda de que Moctezuma subestimó la astucia y la determinación de Cortés. Luego de dos días de marcha desde Cholula, los españoles avistaron la capital azteca y siguieron acercándose a pesar de las reiteradas advertencias de amigos y enemigos de que Moctezuma les había tendido una trampa y estaba decidido a destruirlos. Mientras se aproximaban, la majestuosidad del panorama les produjo gran admiración. Bernal Díaz del Castillo, soldado del pequeño ejército de Cortés, escribió después:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes [templos] y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños.³

³ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 2 vols., vol. 1, México, Porrúa, 1955, p. 260.

Cuando los españoles llegaron a la principal calzada de acceso a la ciudad lacustre, el señor de Texcoco salió a su encuentro para saludarlos e invitarlos a una audiencia con Moctezuma. Aun a sabiendas de que muy probablemente se dirigían a una trampa, Cortés condujo a sus hombres a Tenochtitlan, la ciudad más poblada del Nuevo Mundo. En la audiencia fue bien recibido por Moctezuma, quien lo alojó junto con su tropa, de unos 400 hombres, en un complejo de grandes edificios dentro de la ciudad. Durante aproximadamente una semana los españoles vivieron en temor constante de ser atacados y muertos a pesar de las ostensibles muestras de cortesía que les dispensaban el emperador y su corte. Sin embargo, ante la creciente inquietud de sus capitanes en torno a los verdaderos propósitos de Moctezuma y sus ministros, Cortés decidió por fin apresar al emperador y retenerlo como rehén en los aposentos de los huéspedes, so pretexto de que había ordenado un ataque a la guarnición española de Veracruz, en el que había muerto un capitán español. En realidad Cortés intentaba dar un golpe de Estado; con una fuerza tan pequeña era imposible que emprendiera una ofensiva directa contra el poderío azteca. Apresando a Moctezuma los españoles cautivos podían ganar tiempo e intentar manipular la autoridad imperial a su favor. El destino de México pendía, pues, del desenlace de una batalla entre dos ingenios.

Sin embargo, en un momento crítico del golpe llegó la noticia de que Pánfilo de Narváez había desembarcado en Veracruz procedente de Cuba, a la cabeza de un gran contingente de españoles, con orden del gobernador Diego Velázquez de castigar a Cortés por su insubordinación. Cortés decidió que sólo él podía encarar tan inoportuna amenaza a su empresa, y partió con el grueso de sus hombres para enfrentarse con Narváez, dejando la custodia de Moctezuma en manos de uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, quien quedaba así en situación comprometida y precaria: como la dignidad imperial era electiva y no hereditaria, cuanto mayor tiempo estuviera cautivo Moctezuma, más riesgo había de que se quedara sin autoridad. Para que el golpe de Estado triunfara y los españoles afianzaran su posición, tenían que rematar la captura del emperador con otra acción decisiva. Sin embargo, la llegada de Narváez había hecho que Cortés se ausentara precisamente en el momento menos propicio, dejando a las escasas fuerzas españolas en Tenochtitlan a merced de los violentos sobrinos de Moctezuma. Alvarado se alarmó al oír rumores de una conspiración de la nobleza azteca para atacar a los españoles, y ordenó un asalto preventivo contra un grupo de sacerdotes y nobles que asistían a una ceremonia religiosa. La consiguiente matanza indignó a los mexicas, que se levantaron en armas y sitiaron a Alvarado en los aposentos de los españoles.

Entretanto, Cortés había logrado convencer al grueso del ejército de Narváez de unirse a la conquista del Imperio azteca antes que hacer la guerra a sus coterráneos y compañeros de armas. Sin embargo, a su regreso a Tenochtitlan encontró a los españoles sitiados y a los mexicas en pie de guerra. También perdió la paciencia con el emperador cautivo, de quien sospechaba

que se había comunicado secretamente con Narváez para ofrecerle su ayuda en contra de Cortés a cambio de su libertad. En todo caso, la autoridad de Moctezuma se esfumó, pues en su lugar se había designado emperador a su hermano Cuitláhuac. Moctezuma murió poco después de la llegada de Cortés, supuestamente a causa de las heridas sufridas al ser apedreado por su propio pueblo cuando salió a exhortar a la calma a una turba enardecida que rodeaba los aposentos de los españoles.

La muerte de Moctezuma dio al traste con la estrategia de Cortés; escaseaban las provisiones y muchos españoles habían muerto o estaban heridos. El comandante decidió, pues, emprender la retirada de Tenochtitlan. El 30 de junio de 1520 los españoles salieron de la ciudad peleando; sufrieron importantes bajas y perdieron buena parte del oro y las joyas reunidos. La Noche Triste, como se ha llamado a este episodio, fue el mayor revés para los españoles en la conquista de México: el golpe de Estado de Cortés había fracasado estrepitosamente, y con las maltrechas fuerzas que le quedaban se replegó a Tlaxcala para rehacerse.

Agotadas las tretas de la guerra psicológica, a Cortés no le quedaba más remedio que emprender una guerra abierta contra Tenochtitlan. El comandante español pasó seis meses planeando su campaña en Tlaxcala; convocó refuerzos de las islas del Caribe, reclutó miles de soldados indígenas y mandó construir bergantines en piezas sueltas para subirlos por la sierra y armarlos en el lago de Texcoco. Los españoles, además, contaban con un aliado oculto del que quizá no estaban al tanto: el virus de la viruela, que un soldado de Narváez había traído a Tierra Firme desde Cuba y ahora se propagaba entre los indígenas, quienes no tenían inmunidad contra este agente infeccioso del Viejo Mundo. El nuevo emperador azteca, Cuitláhuac, fue una de las primeras víctimas de la enfermedad. Lo sucedió Cuauhtémoc, un gobernante que ya no se hacía ilusiones respecto a los planes de los españoles en México, y que estaba, por tanto, dispuesto a movilizar hasta el último hombre para defender la ciudad y el Imperio contra los invasores europeos.

En diciembre de 1520 Cortés llegó al Valle de México, donde pasó tres meses más preparándose para la guerra. La ofensiva española comenzó por fin en abril: Cortés puso sitio a Tenochtitlan, destinando los bergantines a patrullar el lago para impedir la entrada de víveres a la ciudad. Sin embargo, los primeros ataques directos fracasaron y costaron muchas vidas, aunque los españoles estuvieron a punto de tomar el Templo Mayor. Quedó claro que pelear en aquel laberinto de calles estrechas eliminaba la ventaja que los caballos y las armas de fuego daban a las fuerzas españolas, muy inferiores en número. Cortés comprendió que para tomar Tenochtitlan había que arrasarla, de manera que los españoles y sus aliados indígenas, al cabo de cuatro meses de intensos combates, terminaron por reducir a escombros, edificio por edificio, la ciudad que Cortés describiría como la más hermosa del mundo. El 13 de agosto, cuando ya sólo quedaba en pie la cuarta parte de la capital, el emperador Cuauhtémoc, que había encabezado la heroica resistencia

de los mexicas, fue capturado y obligado a rendirse. Ansioso de recompensar a sus agotados hombres como esperaban, Cortés hizo torturar a Cuauhtémoc para que revelara dónde estaba el tesoro que los españoles habían perdido durante la retirada de la Noche Triste.

Después de la victoria Cortés se dedicó a reconstruir Tenochtitlan y a unificar los antiguos dominios de los aztecas bajo el gobierno español, lo que consiguió admirablemente, le valió el respeto de las masas indígenas y le confirió la autoridad carismática de un gobernante que lo era por esfuerzo propio. Carlos V le concedió grandes propiedades, el derecho de cobrar tributo a miles de indígenas y el título de marqués del Valle de Oaxaca. Sin embargo, el grado de poder personal de Cortés en la Nueva España, como llamó a los territorios conquistados, suscitaría la envidia de sus rivales y la suspicacia de la propia Corona, que estaba ansiosa de refrenar las ambiciones políticas de los conquistadores en las ricas y lejanas tierras del Nuevo Mundo. En 1527 Cortés fue relevado del cargo de gobernador de la Nueva España y una real audiencia (consejo judicial de funcionarios reales) asumió el gobierno del reino. Cortés volvió a España dos veces para defenderse de sus detractores en la corte y, de hecho, allí murió en 1547. Después de Cortés, bajo el mandato de Nuño de Guzmán, presidente de la primera audiencia, el gobierno de la Nueva España degeneró en la explotación brutal de los naturales. En 1530 se removió a Guzmán de su cargo y la segunda audiencia restableció el orden hasta cierto punto en la turbulenta colonia. La autoridad real no se instauró firmemente sino hasta que en 1535 se creó el virreinato de Nueva España y se designó virrey a Antonio de Mendoza, uno de los grandes gobernantes del Imperio español.

La espléndida victoria de Hernán Cortés aceleró el ritmo de la expansión colonial de España en América y amplió los límites de la ambición personal; los numerosos capitanes españoles en las Indias parecían enfrascados en una carrera por conquistar otro México. El mismo Cortés dedicó poco tiempo a otras expediciones: hacia el norte recorrió la costa del Pacífico hasta la región que llamó California en recuerdo de un país imaginario de amazonas que figura en *Las sergas de Esplandián*, una popular novela de caballerías de la época; hacia el sur llegó a los señoríos mayas, y de allí hasta Honduras.

En 1524 dos de los capitanes de Cortés encabezaron sendas expediciones a América Central. Cristóbal de Olid fue a Honduras, cuyo territorio intentó reclamar para sí, y enfureció a Cortés al pactar con su viejo enemigo Velázquez, el gobernador de Cuba. Cortés partió hacia Honduras para castigarlo y se encontró con un terreno intransitable de selvas y pantanos. Cuando por fin llegó, habían asesinado a Olid. De hecho, toda la expedición fue un fracaso: no se hallaron más reinos de oro y Cortés empañó su reputación al ordenar la muerte del emperador cautivo, Cuauhtémoc, por sospecha de que instigaba a los guerreros indígenas de la expedición para que se amotinaran. América Central decepcionaría a sus primeros conquistadores. El otro capitán de Cortés, Pedro de Alvarado, dedicó los siguientes 10 años a la conquista

de los actuales Guatemala y El Salvador sin encontrar nada que rivalizara con la riqueza del Imperio azteca. Al internarse hacia el sur en lo que hoy es Nicaragua se encontró con otras expediciones españolas enviadas al norte desde el istmo por el rapaz gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila.

La conquista del Perú

Desde que dio muerte a Balboa, Pedrarias Dávila no había conseguido nada equiparable a los frutos de la conquista de Cortés, pese a las brutales correrías que realizó en la parte sur de América Central, a la que en otro tiempo se había dado la optimista designación de Castilla de Oro. Sin embargo, las noticias del triunfo de España en México lo convencieron de limitarse a Nicaragua, donde parecía haber mejores posibilidades que en el sur, del cual no se sabía gran cosa aparte de los relatos sobre un país de oro llamado Birú o Perú. Aun así, dos experimentados hombres de armas de las Indias, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, obtuvieron autorización de Dávila para ir en busca del Perú. Un primer intento en 1524 resultó descorazonador, pero la segunda expedición, en 1527, llegó a la ciudad de Tumbes, en el noroeste del actual Perú, y reunió objetos de oro y plata y otras pruebas de que había una civilización avanzada. Con la evidencia de estos hallazgos Pizarro volvió a España en 1528 para conseguir una capitulación (permiso de la Corona) que le daba derecho a conquistar y colonizar el Perú con independencia de Pedrarias Dávila. A su regreso a Panamá llevaba consigo un gran número de paisanos extremeños, entre ellos sus cuatro medios hermanos. Su socio Almagro había pasado algún tiempo en Panamá reuniendo hombres para la expedición, y otro participante, el sacerdote Hernando de Luque, se encargó de obtener fondos para la empresa entre socios capitalistas.

Francisco Pizarro y Diego de Almagro eran personajes encumbrados en la colonia de Panamá. Poseían rentables propiedades y tenían derecho a cobrar tributo a los indígenas, pero también eran conquistadores aguerridos y extremadamente sedientos de aventuras: cuando partieron a la conquista del Perú, los dos tenían más de 50 años, edad avanzada para la época. Pizarro había llegado a las Indias en 1502, y participó en varias expediciones de conquista. Zarpó de La Española a Tierra Firme con Diego de Ojeda en 1509; luego atravesó el istmo de Panamá en la expedición en que Núñez de Balboa descubrió el Pacífico, en 1513; años después se pasó al bando de Pedrarias Dávila y participó en la conspiración para aprehender a Balboa, por lo que el nuevo gobernador de Panamá lo dotó de tierras y trabajadores indígenas. A diferencia de Cortés, Pizarro no era hidalgo, sino hijo ilegítimo, porquero de oficio, sin estudios y con toda probabilidad analfabeto hasta el fin de su vida. Almagro no tenía mejores antecedentes: era un expósito de Castilla que llegó a las Indias huyendo de la justicia y que en el istmo escaló a una posición de dominio sobre los indígenas; tales eran las posibilidades de arribis-

mo en el traicionero mundo político de Panamá bajo el gobierno de Pedrarias Dávila.

Aunque Pizarro y Almagro habían sido socios en otras empresas, la capitulación de conquista que el primero obtuvo en España indignó al segundo, quien se resintió de que a Pizarro le hubieran concedido el título de gobernador y capitán general del Perú, mientras que a él le prometieron el cargo mucho menos lucrativo de gobernador de Tumbes. Otra causa de fricciones quizás haya sido la confianza que Pizarro depositaba en sus medios hermanos y sus amigos extremeños, que formaban un grupo cerrado en la fuerza expedicionaria. El despecho de Almagro disminuyó temporalmente, pero las circunstancias acabarían por convertirlo en abierta hostilidad.

En diciembre de 1530 Pizarro zarpó de Panamá con el grueso de la fuerza expedicionaria: unos 180 hombres y 27 caballos; Almagro debía seguirlo después de reclutar a más españoles. Al llegar a la costa del actual Ecuador, Pizarro desembarcó con sus tropas y emprendió el camino a Tumbes, una marcha larga que estuvo sembrada de reveses, enfermedades y ataques de los naturales. Cuando por fin llegaron a Tumbes, comprobaron que el gran Imperio incaico, cuya conquista ambicionaban, se encontraba en estado de conmoción, debatiéndose en una guerra de sucesión dinástica que había estallado al morir de viruela el emperador Huayna Cápac (la misteriosa epidemia había avanzado desde México y estaba diezmando a la población de los Andes centrales).

Se disputaban la sucesión Huáscar, hijo de Huayna Cápac, y su medio hermano Atahualpa, que había instigado una rebelión en las provincias del norte, próximas al actual Ecuador. Cuando llegó Pizarro, el conflicto se había resuelto a favor de Atahualpa, que avanzaba en dirección sur hacia la ciudad sagrada de Cuzco, centro del mundo incaico, donde su ejército mantenía prisionero a Huáscar. Pizarro averiguó que en ese momento Atahualpa acampaba cerca de Cajamarca, ciudad abandonada por casi todos sus habitantes durante la guerra civil.

Provisto de refuerzos llegados de Panamá, Pizarro decidió buscar a Atahualpa y, emulando a Cortés, tomar al inca como rehén. Al igual que en México, los indígenas mantuvieron vigilados a los españoles en su avance a Cajamarca, pero, por razones que tampoco se han aclarado, el emperador se abstuvo de destruir una fuerza invasora de apenas 60 soldados de a caballo y un centenar de a pie. En noviembre de 1530, a casi dos años de haber partido de Panamá, Pizarro llegó a Cajamarca, se instaló en la ciudad y envió emisarios para invitar a Atahualpa a reunirse con él. Para impresionar al inca los emisarios ofrecieron un espectáculo ecuestre, treta que al parecer dio resultado porque el caballo era totalmente desconocido para los indígenas. Atahualpa accedió a presentarse en Cajamarca al otro día, pero, informado por sus espías de que los españoles desensillaban los caballos por la noche y eran por tanto más vulnerables a un ataque, apareció a esa hora.

Al caer el sol, el sábado 16 de noviembre de 1532, Atahualpa entró en la

desierta plaza de Cajamarca en una magnífica litera sostenida por 80 nobles y escoltada por 6000 hombres; miles de guerreros en formación de batalla aguardaban órdenes en una llanura fuera de la ciudad. A su vez, Pizarro había escondido a su centenar y medio de soldados en los edificios vacíos aledaños a la plaza, donde pasaron horas esperando, tensos y recelosos, la llegada del inca. Sorprendido por la ausencia de los españoles, Atahualpa la interpretó como muestra del temor que les inspiraba su ejército. Pero entonces el sacerdote Vicente de Valverde apareció en la plaza acompañado tan sólo de un intérprete nativo, y empezó a leer el Requerimiento, el pregón que se dirigía a los pueblos paganos exhortándolos a someterse a la autoridad del papa y el rey de España y permitir la enseñanza de la religión cristiana. El rechazo del Requerimiento se consideraba razón suficiente para declarar una “guerra justa” en nombre de la Corona española. Atahualpa, que nunca había visto un libro, tomó el volumen de Valverde, lo examinó con curiosidad y luego lo arrojó al suelo. Valverde se volvió entonces hacia los españoles escondidos, gritando que el inca había repudiado la palabra de Dios. Ante una señal convenida, los hombres de Pizarro se lanzaron al ataque: cañones y armas ligeras hicieron fuego contra la atestada plaza, la caballería salió de los edificios a galope y Pizarro se abalanzó sobre Atahualpa para derribarlo de la litera, lo que no consiguió sino hasta que los españoles acabaron con los nobles que lo llevaban, y que opusieron una tenaz resistencia. La infantería y la caballería españolas persiguieron a los empavorecidos indígenas hasta fuera de la ciudad y luego se volvieron contra el ejército que esperaba en la llanura; de 6000 a 7000 incas perdieron la vida, y muchos más quedaron heridos.

Francisco Pizarro había logrado una proeza: en una noche se había adueñado de un imperio, pues la autoridad del emperador inca, que se creía divina, era absoluta e indiscutible. Al igual que Moctezuma, Atahualpa había subestimado a los españoles; le parecía inconcebible que una fuerza tan insignificante osara atacar un imperio que él mismo acababa de ganar a costa de una cruenta guerra civil. La curiosidad lo había inducido a dejarlos llegar a Cajamarca, y después admitió que se proponía capturar a Pizarro y matar o esclavizar a sus hombres. Los españoles se habían librado de este destino gracias a la ferocidad y sorpresa del ataque.

Apresado Atahualpa, la fortuna empezó a sonreírle a Pizarro. El inca seguía sin saber cuáles eran las intenciones últimas de los españoles: le parecía punto menos que imposible que quisieran gobernar su imperio; consideraba más probable que fueran bandidos a los que se podía comprar con oro y luego destruir cuando intentaran escapar. Por eso ordenó a sus generales no atacar a los españoles; al contrario, les ofreció un fabuloso rescate en oro puro, que Pizarro aceptó con avidez dando su palabra solemne de liberar al cautivo en cuanto lo recibiera. Atahualpa también tuvo el cuidado de consolidar su posición política: ordenó a las tropas que ocupaban Cuzco ejecutar a su hermano Huáscar para impedirle aprovechar su cautiverio. Los españoles esperaron ocho meses a que el rescate llegara de Cuzco y otros lugares. Ha-

bían enviado un mensaje a Panamá pidiendo refuerzos, pero los peligros de la espera saltaban a la vista: eran presa fácil para los ejércitos victoriosos de Atahualpa. En Cuzco había 30000 guerreros comandados por Quizquiz; en Jauja, a medio camino entre Cuzco y Cajamarca, aguardaba una hueste de 35000 hombres al mando de Chalcuchímac, y en el norte otro ejército poderoso custodiaba Quito bajo las órdenes de Rumiñahui. Cualquiera de estos generales podía dirigir un ataque contra la minúscula fuerza española que mantenía prisionero al emperador. En tales circunstancias, el único recurso de los españoles era la astucia. Hernando Pizarro, al pasar por Jauja de regreso de una correría en busca de oro, convenció a Chalcuchímac de visitar al emperador cautivo; en Cajamarca los españoles apresaron al poderoso general, asestando un golpe más a la estructura del poder imperial.

Otro revés para Atahualpa fue la llegada de Diego de Almagro en abril de 1533 al frente de una compañía de 150 soldados ávidos de botín. Al verse aún prisionero cuando todo el oro prometido se había entregado y fundido, Atahualpa debió percatarse de que sólo la fuerza militar podía salvarlo. De hecho, tras recibir el rescate los españoles no sabían qué hacer con él. Al oír rumores de que el ejército de Rumiñahui se acercaba desde Quito, Pizarro envió una fuerza de caballería al mando de Hernando de Soto para comprobarlo. No obstante, sin esperar a que De Soto volviera, Almagro y sus seguidores presionaron a Pizarro para que ordenara la muerte inmediata de Atahualpa. Pizarro cedió por fin, pues temía que el inca escapara o que, si lo llevaban consigo en el largo camino a Cuzco, instigara una rebelión general, por lo que mandó estrangularlo. Fue un acto cruel e ilegítimo, deplorado por muchos españoles en Perú —quienes habrían preferido que se le desterrara— y hasta por el monarca español, que ansiaba conservar el derecho moral y religioso de España a gobernar en el Nuevo Mundo.

Eliminado Atahualpa, los españoles se prepararon para marchar sobre Cuzco, el centro del imperio. Sus fuerzas seguían siendo muy pequeñas, pero se les presentó la oportunidad de dividir y vencer. La guerra de sucesión había exacerbado las discordias políticas y tribales del imperio, y Pizarro supo enfrentar a un bando con el otro. La muerte de Atahualpa fue bien recibida por los miembros del linaje de Huáscar, quienes ofrecieron su colaboración a los españoles con la esperanza de recuperar el trono que les había arrebatado el usurpador de Quito. Pizarro no desaprovechó la ocasión y se presentó a las tribus leales a Huáscar como el restaurador del legítimo linaje incaico. Hizo proclamar emperador a Túpac Hualpa, hermano de Huáscar, para que cuando los españoles llegaran a Cuzco fueran vistos como liberadores venidos a expulsar de la ciudad a las fuerzas de ocupación quiteñas comandadas por el general de Atahualpa, Quizquiz.

La marcha de Cajamarca a Cuzco resultó difícil: por primera vez desde su llegada a Perú los españoles tuvieron que entablar batalla abierta con ejércitos indígenas. La estrategia política de Pizarro se vino abajo cuando el emperador títere Túpac Hualpa enfermó y murió. Al sospechar que el gene-

ral quiteño capturado Chalcuchímac lo había envenenado, Pizarro lo hizo quemar vivo por traición. Luego instaló a otro hermano de Huáscar, Manco, de 20 años, como nuevo emperador títere. Por fin, tras una serie de batallas en el camino, los españoles infligieron una derrota decisiva al ejército de Quizquiz en una cruenta batalla en los montes que dominan Cuzco. El 15 de noviembre Pizarro entró al frente de sus hombres en la capital de los incas, donde los conquistadores pudieron saciar su sed de oro saqueando los abundantes tesoros de la ciudad.

Aunque el corazón del imperio había caído en poder de Pizarro, la conquista estaba lejos de haber terminado. Faltaba tomar las provincias septentrionales de Quito, donde se encontraba estacionado el ejército de Rumiñahui y hacia donde se habían replegado las tropas vencidas de Quizquiz. Al sur seguían inexplorados los territorios de los actuales Bolivia y Chile. Más importante aún, los españoles tenían que dejar en claro varias cuestiones antes de estar en posibilidad de afianzar su poder en Perú. Para empezar, Manco Inca seguía pensando que Pizarro era un aventurero y no un conquistador, y acariciaba la ambición de reinar sobre un imperio restaurado cuando se convenciera a los españoles de marcharse. En segundo lugar, Almagro y sus hombres estaban resentidos por los privilegios de los hermanos Pizarro, pues no habían recibido parte alguna del rescate de Atahualpa ni satisfecho su ambición de recompensas de la conquista. Estos asuntos pendientes provocarían más guerras sangrientas y retrasarían la pacificación del Perú durante unas tres décadas.

Un lugarteniente de Pizarro, Sebastián de Belalcázar, acometió la conquista de las provincias septentrionales de Quito, pero su expedición se enfrentó con una invasión rival dirigida por uno de los conquistadores de México, Pedro de Alvarado, que sin anunciarse había avanzado desde Guatemala en busca de más riquezas que expoliar. Los ejércitos de ambos conquistadores estaban dispuestos a entablar batalla, pero en el último minuto Alvarado accedió a retirarse cuando Diego de Almagro, que había acudido en ayuda de Belalcázar, le ofreció un pago en oro. La campaña que siguió fue especialmente difícil y cruenta, pero a fines de 1534 Belalcázar y Almagro habían arrebatado las provincias de Quito a los jefes militares sobrevivientes de Atahualpa, y el poderío militar del Imperio incaico estaba acabado.

Entre tanto, Francisco Pizarro, adjudicándose el título de gobernador del Perú, se había dedicado a consolidar la presencia española en las provincias centrales. En el mismo Cuzco se fundó una ciudad española, pero por su situación tierra adentro y a gran altura en los Andes, era de poca utilidad como centro administrativo, por lo que Pizarro decidió construir una nueva capital cerca de la costa, en el valle del río Rímac. Fundada el 6 de enero de 1535 con el nombre de Ciudad de los Reyes en recuerdo de la adoración de los Reyes Magos, pronto se le llamó Lima, derivación de *Rímac*. Pizarro eligió bien, pues en el conflicto que se avecinaba con su socio Almagro, Lima representaría una ventaja para el abastecimiento directo desde Panamá por vía marítima.

La manzana de la discordia entre Pizarro y Almagro sería la ciudad de Cuzco. A principios de 1535 los socios habían recibido de Carlos V una orden que concedía a Pizarro jurisdicción sobre los territorios del norte del Imperio incaico, y a Almagro sobre los del sur. Sin embargo, el decreto real no estipulaba a cuál de los dos correspondía la valiosa recompensa de Cuzco, que quedaba en el centro. La incertidumbre produjo tensión entre los partidarios de Pizarro y los de Almagro que había en la ciudad; el primero alejó temporalmente el conflicto convenciendo al segundo de dirigir una expedición de conquista a territorios de los actuales Bolivia y Chile, provincias que pertenecían indiscutiblemente a su jurisdicción y prometían más riquezas. En consecuencia, Almagro partió en una campaña que duró dos años y resultó desastrosa. Pese a la gran crueldad ejercida contra los indígenas y las tremendas privaciones sufridas al cruzar la glacial cordillera de los Andes y los tórridos yermos del desierto de Atacama, la expedición de Almagro encontró poca cosa de valor. Cuando volvieron, desolados y con las manos vacías, pero dueños de una solidaridad forjada durante aquella prueba terrible, los "rotos de Chile" y su capitán ambicionaban Cuzco aun más que antes, y ya eran enemigos jurados de los hermanos Pizarro.

Durante la ausencia de Almagro y sus hombres la ciudad se había quedado a cargo de Gonzalo y Juan Pizarro, pero la administración de éstos resultó un fiasco que pondría en grave peligro la conquista española del Imperio incaico. Se habían puesto pocos límites a la voracidad de los numerosos advenedizos españoles que afluyeron a la ciudad sagrada. En vista de los incontables abusos y atropellos cometidos contra los indios, el gobernante títere Manco Inca comprendió que los avariciosos españoles no tenían ninguna intención de marcharse. Censurado duramente por los ancianos incas a causa de su sumisión, Manco decidió, en el otoño de 1535, dejar de colaborar con los extranjeros y llamar a la rebelión para expulsarlos de sus dominios. Llegada la primavera de 1536 había reunido un ejército formidable con el que puso sitio a Cuzco, donde había sólo 190 españoles, aunque dirigidos ya por el hábil Hernando Pizarro, que había relevado del mando a sus irresponsables hermanos menores. Otro ejército inca acometió el asedio de Lima, donde Francisco Pizarro, creyendo que todo se perdería, pidió auxilio a los españoles de Panamá. Gracias a la llegada de pertrechos y refuerzos de toda la América española, el cerco de Lima no tardó en ceder, pero Cuzco permaneció asediado durante casi un año, hasta que los "rotos" de Chile llegaron de su expedición en 1537 y levantaron el sitio obligando a Manco Inca a retirarse. Almagro entró entonces en la rendida ciudad, arrestó a los hermanos Pizarro y partió a Lima para enfrentarse a Francisco. Los socios de otro tiempo no pudieron zanjar sus diferencias y el Perú, que había sucumbido a los españoles como consecuencia de una guerra intestina entre los incas, se hundió en una nueva guerra civil, esta vez entre los propios conquistadores, incapaces de llegar a un acuerdo sobre los despojos de la victoria.

La guerra no duró mucho, pero sus amargas secuelas fueron muy perju-

diciales para los intereses de España en el Perú. Después de varias escaramuzas, Hernando Pizarro consiguió llegar a Cuzco, donde infligió una cruel derrota a los almagristas en la Batalla de las Salinas el 26 de abril de 1538. Diego de Almagro fue hecho prisionero, procesado y, ante el horror de muchos españoles, estrangulado. Los Pizarro se vieron entonces dueños de Perú, aunque su poder sobre el imperio conquistado era precario. Debían tener en cuenta, para empezar, una numerosa facción de vengativos almagristas encabezados ahora por el hijo mestizo del caudillo asesinado. También debían considerar al rebelde Manco Inca, que seguía en libertad sublevando a los indígenas y encabezando revueltas que era preciso reprimir con gran derramamiento de sangre, lo que retrasaba la pacificación del país. Para colmo, malvivientes españoles acudían en tropel al Perú en busca de oro inca y, al ver frustradas sus esperanzas, se convertían en rebeldes y forajidos. Los hermanos Pizarro debían lidiar, por último, con el disgusto del monarca español ante la manera en que se había ganado el Perú en nombre de la Corona. La muerte de Atahualpa había producido ya bastante molestia, pero la ejecución de Almagro hizo estallar la ira en la corte imperial: cuando en 1539 Hernando Pizarro se presentó en España con regalos de oro para el emperador, fue encarcelado y dejado 22 años en prisión. Para Francisco, las consecuencias de la muerte de Almagro serían fatales: el 26 de junio de 1541, 20 almagristas irrumpieron en su palacio en Lima y lo apuñalaron. Los asesinos proclamaron entonces gobernador del Perú a Diego de Almagro *el Mozo*.

La guerra civil volvió a estallar en el Perú español, pero esta vez la Corona intervino directamente para restablecer el orden. El visitador real Cristóbal Vaca de Castro marchó contra los almagristas al frente de un ejército de partidarios de Pizarro, y los venció en la Batalla de Chupas el 16 de septiembre de 1542. Aun así, los disturbios no terminaron: antes de transcurridos dos años, los colonos españoles del Perú se rebelaron contra el virrey Blasco Núñez Vela por sus torpes intentos de aplicar las Leyes Nuevas, disposiciones reales que pretendían mejorar las condiciones de los indígenas suprimiendo el carácter hereditario de las encomiendas. Gonzalo Pizarro acaudilló la rebelión y llegó a ser gobernante de facto del Perú cuando Núñez Vela fue muerto en batalla en 1546.

Al morir el virrey, los hermanos Pizarro que sobrevivían y los muchos colonos españoles que eran sus partidarios vieron la oportunidad de declararse independientes de España haciendo que Gonzalo se proclamara rey del Perú. Para impedirlo, en 1547 un ejército real desembarcó en el virreinato al mando de Pedro de la Gasca, quien suspendió las Leyes Nuevas para apaciguar a los colonos y luego, el 9 de abril de 1548, trabó combate con los pizarristas y los venció en la Batalla de Jaquijahuana, en las cercanías de Cuzco. Con la ejecución de Gonzalo por traición terminó al fin el poder de los Pizarro; la autoridad real se afirmó sin impugnación directa gracias a una serie de virreyes capaces en las décadas de los 1550 y 1560, más de 20 años después de que Francisco Pizarro y sus hombres irrumpieron en el Imperio incaico.



n nuestros días resulta común referirse a las raíces geográficas, económicas o políticas como aquellos vínculos que permiten a un amplio grupo de personas sentirse parte de una sociedad. Y, sin embargo, es innegable que sólo nuestra historia —la historia de Latinoamérica— puede dar cuenta de un pasado —y un futuro— común; un pasado que ha suscitado tanta fascinación como asombro y que se ha construido sobre la base de las creencias, la lengua y la cultura hispánica y lusitana que un grupo de europeos, en busca de gloria y aventura, trajeron consigo y terminaron por integrar, en mayor o menor medida, a la cultura de la población nativa.

Pese a ello, han sido pocos los libros que reúnan, de forma concisa pero profunda, los escenarios y los personajes fundamentales que, en su conjunto, ofrezcan un panorama general de nuestro pasado como esta *Historia de América Latina*. Edwin Williamson no busca el análisis exhaustivo y total de una realidad que por su complejidad cultural y amplitud geográfica y temporal rebasaría por mucho la extensión de este fascinante cuadro. Su obra es la introducción práctica que ofrece al lector las herramientas para adentrarse en esa complejidad que él articula brillantemente con una capacidad narrativa que no escapa a los objetivos de todo relato histórico: interpretar el pasado, acercarlo a los seres humanos y buscar la verdad.

